

El primer paso

Mariana Gabriela Mallo

Image not found.

Capítulo 1

Adela había crecido en un barrio humilde del conurbano bonaerense. Tenía ya nueve años. Eran épocas felices, infancias que se disfrutaban entre amigos, juegos en la vereda, en la plaza.

Todos los chicos de la cuadra habían formado un grupo, pero sólo ellos estaban más unidos: Julia, Mario y Adela.

Adela tenía cierta afinidad con Mario. Siempre lo había visto con otros ojos.

Le gustaba ese muchacho. Siempre tan servicial, haciendo caridades hacia los demás. No era apuesto, pero para ella su belleza pasaba por otro ámbito. Siempre estaba dispuesto a escucharla, a darle una palabra de aliento, un consejo... La miraba con ojos sinceros. Ojos de amor, pero ¿era el mismo amor con el que ella lo miraba?

Buscaba excusas para encontrarse con él todos los días. Lo llamaba seguido por teléfono...

Pronto los encuentros con él se le hicieron una necesidad.

"Tenés que decírselo. Tenés que hablar con él, Adela", le decía siempre Julia. Pero a pesar de sus pensamientos, nunca se había animado.

Esperaría que fuera Mario quien diera el primer paso para demostrarle sus sentimientos.

Ella ensimismada en sus obsesiones no se percató de los años. Con ellos llegaron las obligaciones, los estudios universitarios, los trabajos...

Adela seguiría trabajando como catequista, vocación que había nacido casi sin querer, por seguir a Mario. Julia se iría a vivir por un tiempo con su tía a Entre Ríos.

Con su amiga de la infancia lejos, no le quedaba más que dedicarse a sus tareas y alimentar ese sentimiento que sentía por su amigo.

Un sábado por la noche, uno de los tantos que solían compartir luego de la cena familiar en su casa, se disponían a ver una película.

Mario y Adela, juntos en la habitación. ¡Qué buena oportunidad!

Ese sería el momento justo para ellos.

Tirados en el mullido sillón, mientras ella simulaba interés en la película, él comenzó a acariciarle el cabello. Siguió por su cuello y su espalda.

Adela se estremeció y lo miró a los ojos con deseo. Él se acercó y sin mediar palabras la besó con pasión, ajenos a los familiares que en el comedor seguían con la sobremesa.

-No, ¡basta, no puedo seguir! ¡No puedo hacerte esto! ¡Disculpame, por favor!

-¡Estoy tan confundido!

Adela seguía con los ojos cerrados y agitada por las sensaciones.

-Tengo que contarte algo que hace tiempo me está ocurriendo, Adelita.

Ella, sentía que la felicidad le desbordaba el pecho. Luego de tantos años años de confianza, de amistad... diez largos años en total. ¡Cómo lo amaba!, ¡cómo lo deseaba!

Y él se lo confesaría ahí, en ese momento. Eso que ella jamás se había animado a decir...

-Me inscribí para ser seminarista. Tengo deseos de ser sacerdote, de seguir a Cristo, Ade. No puedo seguir ocultándotelo.

Ella sintió como que caía en el abismo... ¿cómo contestarle? ¿cómo luchar contra eso? No podía. sólo se limitó a callar. ¡Otra vez ese silencio que le cerraba la garganta!

Adela siguió con su trabajo. Nunca más se había vuelto a enamorar.

De Mario no supo más nada. Sólo una vez le llegaron noticias que había sido designado como párroco en una Iglesia de Entre Ríos. De su amiga, tampoco había tenido noticias. Como si se la hubiese tragado la tierra.

Adela volvió a tener esa horrible sensación abismal cuando un día llegó a su casa una carta. Mario había hecho un pedido de dispensa hacía ya dos años y se casaría... Se casaría con Julia.

Sólo se limitó a callar. Al fin y al cabo, él fue el primero en dar el primer paso de demostrar sus sentimientos, sus deseos. Pero no eran para ella.